GALERÍA
ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.

GRAZIELA.

OPERETA CÓMICA EN TRES ACTOS,

escrita sobre el pensamiento de una obra francesa

POR

FRANCISCO BELLIDO,

música del maestro

FRANCISCO JAVIER BLASCO.

Estrenada en el Teatro de Verano (**Skating-Garden**) de Valencia, la noche del 21 de Agosto de 1885.



VALENCIA.
Imprenta de Juan Guix,
calle de Lauria, núms. 31 y 33.
1885.

8

GRAZIELA.

GRAZIELA.

OPERETA CÓMICA EN TRES ACTOS,

escrita sobre el pensamiento de una obra francesa

POR

FRANCISCO BELLIDO,

música del maestro

FRANCISCO JAVIER BLASCO.

Estrenada en el Teatro de Verano (**Skating-Garden**) de Valencia, la noche del 21 de Agosto de 1885.



VALENCIA.
Imprenta de Juan Guix,
calle de Lauria, núms. 31 y 33.
1885.

Personajes.	Artistas.
GRAZIELA.	SRA. FABRA.
LA DUQUESA, soberana reinante. . . .	SRTA. ALCAINA (C.)
EL DUQUE, su esposo..	SR. BAYARRI.
EL CONDE DE LA UMBRIA.	SR. BUESO.
EL BARON DE LORETO.	SR. RODRIGUEZ.
JUANILLO.	SR. CARRERAS.
UN CAPITAN DE LA GUARDIA DE PALACIO.	SR. FRONTERA.
UNA DAMA DE HONOR..	SRA. GARCÍA.
ALDEANA 1.ª	SRTA. ROSELL.
IDEM 2.ª	SRTA. PUCHADES.
UN ALDEANO.	SR. BUSÓ.
UN PAJE.	SRTA. VIZCAINO.

Pajes, damas, caballeros de la córte, guardias, aldeanas, aldeanos y criados de la servidumbre de palacio.

La accion se supone en la córte de Ferrara y sus cercanías, á mediados del siglo XVIII.

Entiéndase por derecha é izquierda la del actor.

ACTO PRIMERO.

Campiña. A la derecha, vista de una casa con dos puertas practicables, una grande en primer término y la otra mas pequeña en segundo.

Escena primera.

Coro general de aldeanos que van entrando en escena, segun marca la música, viniendo á ocupar los hombres el primer término junto á la puerta y las mujeres la izquierda de aquellos. Luego salen por la puerta primera, segun marca el diálogo, JUANILLO y GRAZIELA, ésta acompañada de las aldeanas primera y segunda.

MÚSICA.

HOMBRES *(llamando á la puerta).*
Juanillo, Juanillo,
aquí estamos todos
tus buenos amigos:
al punto salid.
Asoma al instante,
no seas zanguango,
que á felicitarte
venimos aquí.

MUJERES.
Graziela, Graziela,
al ser hoy tu boda,
venimos gozosas
al grato festin.
Asoma al instante,
no nos desesperes,
que á felicitarte
venimos aquí.

HOMBRES.
Juanillo, Juanillo,
al punto salid.

MUJERES.
Graziela, Graziela,

al punto salid.

JUANILLO (*apareciendo*). Quién vocea?

HOMBRES. Tus amigos.

JUANILLO. Bien venidos, camaradas:
presumí por vuestras voces
que me dábais cencerrada.

HOMBRES. No tal, no tal. Es tu boda
la que á todos nos reclama,
y á gozar tan digna fiesta
acudimos en compañía.
(Los hombres forman un medio círculo y JUANILLO *queda en el centro.)*

MUJERES. Por allí la novia sale,
siempre bella y agraciada.
Muy felices, compañera.

GRAZIELA. Para siempre bien llegadas.
(Forman un grupo igual al de los hombres.)
Agradezco, amigas mias,
el que en tales circunstancias
me mostreis vuestro cariño,
que lo acepto como hermana.

MUJERES. Este presente *(ofreciéndola un grande ramo de flores.)*
de ricas flores
que simbolizan
nuestra amistad,
al aceptarlo,
en él acojes
el testimonio
de la verdad.

GRAZIELA. Vuestras ofrendas
con gusto acepto,
como inspiradas
por la amistad,
y acojo en ellas
recuerdo grato,
en testimonio
de la verdad.

HOMBRES. Muéstrate sóbrio
en este dia;
que conozcamos
tu esplendidez,
pues todos somos
buenos amigos,
y el mosto puro
nos gusta á fé.

JUANILLO. Nada escaseo
en este dia

y he de probaros
mi esplendidez:
seguidme luego,
y en la bodega,
de néctar puro
os hartareis.
(Se marcha el coro general, haciendo el mutis, por la puerta grande.)

HABLADO.

JUANILLO. No hay mas que hablar; todo el mundo derechito á la bodega, y despacharse cada cual á su placer hasta la hora de ir á la iglesia.
TODOS. Sí, sí; vamos.
GRAZIELA. Tú, quédate, Juanillo: necesito hablarte.
JUANILLO. Nos sobra tiempo para ello.
GRAZIELA. Precisamente ha de ser en el acto.
JUANILLO. Entonces...
ALDEANO. Juanillo, qué no vienes?
JUANILLO. Sí, sí; voy.
ALDEANA 1.ª Graziela, no nos sigues?
GRAZIELA. Al momento soy con vosotras.

Escena II.

GRAZIELA y JUANILLO.

JUANILLO. Ea, ya estamos solos. Echa pronto por esa boca cuanto tengas que decirme.
GRAZIELA. Sabes muy bien, Juanillo, que á Roque el Rubio le miro y respeto como á padre.
JUANILLO. Lo sé.
GRAZIELA. Tampoco ignoras que me recogió en su casa cuando quedé huérfana y desvalida.
JUANILLO. De tan sabido, lo tengo olvidado. Pero... ¿á qué viene ahora...?
GRAZIELA. Ten calma.
JUANILLO. Prosigue.
GRAZIELA. Sabes que le llaman asuntos de familia lejos de aquí, y sin duda para no serle gravosa en el viaje ó por no dejarme sola en el lugar, ha dispuesto nuestro matrimonio sin contar con mi asentimiento.
JUANILLO. Piensa acertadamente, y nuestra boda se verificará dentro de poco con toda pompa y solemnidad.

GRAZIELA. ¿Y si te dijera que este matrimonio no es posible llevarlo á cabo?

JUANILLO. Pues para broma, no me parece la ocasion mas oportuna.

GRAZIELA. Hablo formalmente.

JUANILLO. En tal caso no me conformo con tu deseo. ¿Olvidas que obran en mi poder los doscientos ducados que el Rubio me entregó por tu dote?

GRAZIELA. No, pero otras circunstancias...

JUANILLO. Cuáles?

GRAZIELA. En primer lugar, debes saber que soy hija de nobles.

JUANILLO. Hija de nobles? Me conformo. Y qué mas?

GRAZIELA. Durante la última guerra, mi padre fué proscripto y desterrado.

JUANILLO. Desterrado? Vaya una infamia! pero en fin, yo no lo pude evitar.

GRAZIELA. Le confiscaron sus bienes y...

JUANILLO. Todos no; puedo responder de que tengo algun resto.

GRAZIELA. Que no representa nada.

JUANILLO. Mucho. En este pais, esa suma es respetabilísima: figúrate si le reconozco importancia, que sin ella tal vez no me hubiera resuelto á casarme contigo.

GRAZIELA. Alabo tu franqueza!

JUANILLO. Ante todo la verdad.

GRAZIELA. Con la misma he de hacerte otra revelacion.

JUANILLO. Otra? perdona que me anticipe á decir que es lo muy enamorada que estás de mí.

GRAZIELA. Todo lo contrario: me has sido indiferente hasta hoy, y por lo tanto imposible de hacerme sentir ni el mas mínimo cariño hácia tí.

JUANILLO. Caspitina! Tú tambien eres clara.

GRAZIELA. Ya revelado mi pensamiento, no dudo que te apresurarás á renunciar á nuestra union.

JUANILLO. Yo?

GRAZIELA. Sí, tú.

JUANILLO. No tal.

GRAZIELA. Por qué?

JUANILLO. Porque abrigo la esperanza de tu querer. Además, qué dirian los mozos y mozas del pueblo? ¿Para qué me serviria el traje de boda que tengo preparado? No, no. Ni desisto, ni suelto los doscientos ducados.

GRAZIELA. Y si te digo que amo á otro?

JUANILLO. Contestaré que no lo creo.

GRAZIELA. Pues es la pura verdad.

JUANILLO. Sí? Entonces apechugo con mas ánsia el casamiento.

GRAZIELA. Si te obstinas en casarte, pronostico desde ahora tu desgracia.

JUANILLO. Cuernos!

GRAZIELA. Tendrás en muchas ocasiones que arrepentirte, por no atender mis consejos

JUANILLO. Esplica la razon.

GRAZIELA. Por ser tenaz en querer labrar tu infelicidad.

JUANILLO. Bobada.

GRAZIELA. Quiere decir que no hay medio de entendernos?

JUANILLO. Lo hay, y como conozco tu buen gusto para la eleccion de novio...

GRAZIELA. Puede que aciertes.

JUANILLO. Claro, y siendo yo el mejor y mas buen mozo del lugar...

GRAZIELA. Y si fuese forastero?

JUANILLO. Tate! Ahí no habia llegado yo. De dónde?

GRAZIELA. Lo ignoro.

JUANILLO. Quién es?

GRAZIELA. No lo sé.

JUANILLO. Cómo se llama?

GRAZIELA. No me lo ha dicho.

JUANILLO. Es guapo?

GRAZIELA. No le he visto la cara.

JUANILLO. Jé, jé, jé. Vaya una broma.

GRAZIELA. Tómalo como te plazca, pero te aseguro que solo á él amaré en la tierra.

JUANILLO. Has perdido la razon?

GRAZIELA. Júzgalo por lo que voy á decirte. Sabes que los lunes salgo por la noche con mis flores para llegar al amanecer al mercado del pueblo vecino.

JUANILLO. Lo sé; y qué más?

GRAZIELA. Desde que voy, nada me habia pasado de estraordinario hasta hace dos meses. Encontrándome á la mitad del bosque, en una noche oscura y tempestuosa, llamaron mi atencion unos hombres que venian en direccion opuesta. Temí al pensar que pudieran robarme, y no me equivoqué. Cuando estuvieron á mi lado, me sujetaron; dí voces, y me taparon la boca. No sé cómo hubiera terminado la hazaña, á no depararme la Providencia á un caballero que, por medio de su voz amenazadora y sus cuchilladas, dispersó á los malhechores. Luego, viéndome medio desmayada, me colocó á la grupa de su caballo; al reponerme, me hizo varias preguntas con interés sobre mi nombre y nacimiento, hasta que llegamos á la entrada del pueblo. Entonces me ayudó á apearme, y con un «adios» se separó de mí. Aquella fué nuestra primera entrevista.

JUANILLO. La primera? Luego hubo otras?

GRAZIELA. Una por semana.

JUANILLO. Ya me esplico tu afan por ir á ese mercado.

GRAZIELA. Como que siempre me espera junto al bosque y me acompaña hasta la entrada del pueblo. ¡Su conversacion es tan grata y su voz tan melodiosa y dulce!...

JUANILLO. A vinagre me sabe ya.

GRAZIELA. He procurado verle el rostro y jamás lo he podido conseguir.

JUANILLO. Eso envuelve algun misterio que no me huele á nada sano.

GRAZIELA. Fácil será.

JUANILLO. Pues á la nuestra, que es lo seguro, y olvídate de todo.

GRAZIELA. Imposible.

JUANILLO. Tengo empeño en ello y se acabó.

GRAZIELA. Eso está por ver.

JUANILLO. Graziela, no me desesperes.

GRAZIELA. Eso es lo que has de hacer tú.

MÚSICA.

JUANILLO. Date á razon; dí que sí,
y acabemos.

GRAZIELA. No, no y no!

JUANILLO. Tu decir no es para mí
nada.

GRAZIELA. Basto y sobro yo
para hacer mi voluntad.

JUANILLO. Es en vano pretender
darme celos.

GRAZIELA. La verdad
he dicho.

JUANILLO. No puede ser.

GRAZIELA. Te suplico no atormentes
la pasion que me domina,
porque mi vida es la vida
del cariño de mi amor.
Solo el bien por quien suspiro
es quien me robó la calma,
y al ser dueño de mi alma
le entregué mi corazon.

JUANILLO. Puedes darle cuanto quieras
á tu bien idolatrado,
pero juzgo que es en vano

porque ya no es ocasion.
Que me caso he dicho y digo,
así venga lo que venga,
que á la cosa ya resuelta
me sostengo por quien soy.

GRAZIELA. Imposible.

JUANILLO. Serás mi mujer,
mal que te pese.

GRAZIELA. Vano es tu empeño.

JUANILLO. Insisto.

GRAZIELA. Peor.

JUANILLO. Seré tu dueño.

GRAZIELA. Eso jamás.

JUANILLO. Jamás? Vas á ver.
Conozco mucho
á las mujeres;
lo que desprecian
es lo que quieren.
Que aquel que buen mozo,
como ahora digamos *(contoneándose)*
no esconde su cara
y luce su garbo,
se pirran las mozas
por echarle el gancho.
Aplícate el cuento.
que bien viene al caso.

GRAZIELA. Conoces poco
á las mujeres;
lo que desprecian
es lo que sienten.
Y el tonto ignorante
que intenta ser algo,
y suelta sandeces
como estás soltando,
la mofa es de todos
por necio y por sándido.
Aplícate el cuento,
que bien viene al caso.

JUANILLO. Si consigo lo que quiero
no me importa lo demás,
y lo que he de ser entonces
harto pronto lo sabrás.

GRAZIELA. Si consigo lo que quiero
no me importa lo demás,
y me tiene sin cuidado
por lo que eres ó serás.

HABLADO.

JUANILLO. Voto á cien pares de mulas! Graziela, que no las tengo todas conmigo!

GRAZIELA. Mejor. *(Se marcha por la puerta del primer término y cierra.)*

JUANILLO. Mejor? Trabajo te mando para conseguir... Ah! *(Queda meditabundo junto á la puerta.)*

Escena III.

JUANILLO y el BARON.

BARON. Veamos si por aquí encontraré alojamiento que me convenga. Esta casa, al parecer, presenta buenas condiciones. *(Fijándose en* JUANILLO.) Este jóven podrá darme razon. Oye, tú, imbécil.

JUANILLO. (De dónde me conocerá este señor?)

BARON. A quién pertenece esa casa?

JUANILLO. No se vende por ahora.

BARON. Ni trato de comprarla. Te pregunto quién la ocupa.

JUANILLO. Ya. Pues la ocupa Roque el Rubio, mi futuro suegro.

BARON. Por lo visto piensas en casarte?

JUANILLO. Tal vez lo sea dentro de una hora.

BARON. Casado?

JUANILLO. Sí señor.

BARON. No me equivoqué al juzgarte imbécil.

JUANILLO. No lo seria menos su mercé en mi lugar.

BARON. Insolente! Qué lenguaje es ese?

JUANILLO. El lenguaje del insolente?... No me lo han enseñado: su mercé sí que se conoce que debe saberlo.

BARON. Por quién me tomas, bergante?

JUANILLO. Perdone vuesarcé si no contesto conforme. Aqui vivimos á la pata la llana, y cuando nos hablan con finura, como vos, nos turbamos y apenas sabemos contestar.

BARON. (Si creyera de doble sentido sus palabras, lo tomaria en cuenta, pero... En fin, continuemos enterándonos.) ¿Conque dices que esa casa es de tu futuro suegro?

JUANILLO. Justitamente. Y que si su mercé conociera bien el negocio, tambien se casaria conmigo.

BARON. Animal!

JUANILLO. Vengo al decir, si yo fuese la novia.

BARON. Por qué razon?

JUANILLO. Porque lleva sus buenos ducados en dote.
BARON. Bien, bien, basta. Avisa á tu futuro suegro que por esta noche queda como mia toda la casa.
JUANILLO. Que queda como vuestra? Quiá! Eso no puedė ser.
BARON Lo será.
JUANILLO. Y nosotros, dónde nos metemos?
BARON. En un pajar... ó donde querais.
JUANILLO. Si fuese otro dia, pase; pero hoy! ¡mi primera noche de boda...!
BARON. Silencio. Pasa aviso que el Baron de Loreto, mayordomo de los Duques serenísimos, desea preparar para esta noche alojamiento á sus altezas.
JUANILLO. Ya he dicho que no es posible.
BARON. Basta.
JUANILLO. Canario! Apoderarse así como así de mi alcoba y lecho nupcial, cuando...!
BARON. Bien, bien.
JUANILLO. Su mercé comprenderá que yo, como soy soltero y por ser costumbre, he dormido siempre en la cuadra.
BARON. Ese es tu verdadero sitio.
JUANILLO. Y el de muchos. Vuesarcé, por ejemplo, si se encontrara en mi caso, al ser el dia de su boda y prevenirse á pasar la noche...
BARON. Callarás?
JUANILLO. Si callo, cómo he de enteraros?
BARON. Ese lecho que ponderas, al ocuparlo antes sus altezas, recibe en ello un grande honor.
JUANILLO. Decidme: á esas escelencias, ¿el dia de su boda las habria gustado cederme su cama?
BARON. (La ignorancia hasta dónde autoriza!) Desengáñate: toma mi consejo; no te cases.
JUANILLO. Vuesarcé no debe ser casado por lo visto.
BARON. No.
JUANILLO. Me lo figuraba.
BARON. Por qué razon?
JUANILLO. Por reconocer en su mercé sobrado talento.
BARON. Qué tiene que ver el talento...
JUANILLO. Toma! Porque para casaros se necesita una mujer que os quiera, y no es fácil que la encontreis.
BARON. Por qué?
JUANILLO. Jé, jé, jé! por dos razones.
BARON. Cuáles?
JUANILLO. No me atrevo á decirlas, por si se ofende su mercé.
BARON. Habla: te autorizo.
JUANILLO. La primera es, que sois muy viejo.
BARON. Esa no es verdad: el amor no reconoce edades. ¿Y la otra?

JUANILLO. La otra es, que me parece que á vuesarcé le ha de pasar como á mi primo Anton.

BARON. Qué le pasa?

JUANILLO. Que no puede dormir de feo que es.

BARON. Toma. *(Le dá un puntapié.)*

JUANILLO. Ay!

BARON. Cumple al instante mis órdenes.

JUANILLO. (Ya me esperaba este resultado. Si no se puede decir la verdad.)

BARON. Vas?...

JUANILLO. Ya voy, ya voy.

(Se vá por la primera puerta y cierra.)

Escena IV.

El BARON solo.

Que no encontraré mujer que me quiera supone ese cernícalo. Por fortuna poseo una jóven esposa que me idolatra. Si bien hoy he de aparecer á la faz del mundo como soltero, pronto llegará el dia en que pueda hacer público mi matrimonio. Ahora vamos á procurar lo mas importante de mi mision.
(Entra por la puerta pequeña que estará abierta.)

Escena V.

El CONDE: luego el BARON.

CONDE. Quince dias sin ver á mi Graziela! ¿Qué habrá motivado el no acudir á la cita como de costumbre? Necesito calmar mi ansiedad, aunque para ello tenga que introducirme en su misma casa.
(Principia á oscurecer.)

MÚSICA.

Bella Graziela,
grato amor mio,
de mi albedrío
eres sosten.
Deja que admire,
rendido amante,

por un instante
su dulce bien.
Si gozar es el sufrir
cuando se ama con pasion,
y si amar es el vivir
cuando manda la razon,
sufre y ama con placer
quien adora á una mujer.
Niña hechicera,
grato amor mio,
de mi albedrío
eres sosten.
Aquí rendido
vela constante
tu tierno amante,
tu solo bien.

HABLADO.

BARON. Debe ser por esta otra puerta la entrada. Conde! vos por aquí?

CONDE. (El Baron! Maldita casualidad!...)

BARON. ¿Supongo que vuestra venida será para recibir á sus altezas?

CONDE. A sus altezas? Si.

BARON. No deben tardar. Esta noche pienso hospedarles en este pueblo, y mañana temprano visitarán la iglesia de Nuestra Señora del Rosario.

CONDE. Lo sé.

BARON. Qué magnánimo corazon el de la Duquesa! En todos sus actos se distingue por lo virtuosa y lo cristiana...

CONDE. Lo cual no sucede al Duque su esposo: á este le distingue su aficion al bello sexo.

BARON. Sin negarlo, os diré que si la Duquesa fuera menos celosa, no hay duda que el Duque no tendria ese afan...

CONDE. Por hacer público lo que muchas veces no existe.

BARON. Ay, amigo Conde! A quién se lo contais?

CONDE. Estoy algun tanto enterado de vuestras misivas acerca de la Duquesa.

BARON. Ya que confidencialmente hablamos, la última órden de la Duquesa ha sido la de que vigile al Duque por...

CONDE. Lo sé. Desempeñais un honroso cargo.

BARON. Que podria costarme lo que no es decible.

CONDE. No veo la razon.

BARON. La vereis en cuanto os manifieste lo que la motiva, y vos, querido Conde, podeis auxiliarme.

CONDE. Yo...?

BARON. Sí, vos. Vuestra valía en la corte y ser el favorito de los duques, os abren paso para ser el áncora de mi salvacion.

CONDE. Esplicaos.

BARON. Como sabeis, la Duquesa me ha distinguido con el cargo de vigilar á su esposo. El Duque, sin duda por alguna torpeza mia, lo ha descubierto y ha jurado su venganza hácia mí en la persona de mi mujer, si me casase.

CONDE. ¿Qué os importa ese juramento cuando supongo no pensais en contraer matrimonio?

BARON. Y si ya le hubiese contraido?

CONDE. Es posible!...

BARON. Sí, Conde: estoy casado por mi fortuna con doña Estrella Retamar, á quien idolatro, y por mi desgracia presumo que el Duque ha de descubrir nuestro secreto.

CONDE. Dispensad, yo ignoraba...

BARON. Lo peor del caso es que, por instinto ó fatalidad, el Duque ha encontrado á mi mujer y le ha parecido...

CONDE. Hermosa?

BARON. Hermosa no: hermosísima. Por supuesto, ignorando los vínculos que nos unen. Figuraos, que así como la ha descubierto, averigüe tambien que es mi esposa, y... Ay, Conde! se me seca la garganta y se me erizan los cabellos al pensar que...

CONDE. Crítico es el caso.

BARON. Si me fuera posible llamar la atencion de la Duquesa, aunque no exista nada, sobre las galanterías de su esposo para con mi mujer, puede que los celos de su alteza fueran la salvaguardia de mi honor.

CONDE. No hay duda que por ese medio...

BARON. Opinais como yo? Pronto pondré en juego la idea. Ahora, permitid que me dedique á preparar el alojamiento de los Duques, que han de pasar la noche en esa casa. *(Señalando la de* GRAZIELA.*)*

CONDE. Cómo!

BARON. El tiempo apremia y hay que prevenirlo. En cuanto lo deje arreglado, seré de nuevo con vos.

CONDE. Como gusteis.

BARON. Hasta luego, querido Conde.

CONDE. A vuestras órdenes, Baron.

Escena VI.

El CONDE y JUANILLO en traje de boda.

JUANILLO. Cuando digo que todo se conjura contra mí! Así me hagan trizas estoy resuelto, y antes de una hora...

CONDE. (Amargamente se queja este jóven.) Qué te pasa? Qué tienes?

JUANILLO. De eso trato, de tener: hace poco, tenia esperanzas; pero ahora, como me las quitan... Pero no, la cosa no queda así.

CONDE. Tranquilízate. Dí, qué te aqueja, y sinó otra cosa, tal vez pueda darte un buen consejo.

JUANILLO. Vos sois mas amable que el otro. Figuraos, señor caballero, que hoy es el dia de mi boda. Mirad, ya llevo puesto el traje para la ceremonia.

CONDE. (Hé aquí una coyuntura para entrometerme y poder hablar á Graziela.)

JUANILLO. Mi boda está concertada para hoy, y se llevará á cabo, pese á quien pese. Pues bien; sabed que nos encontramos con que ese señor recien llegado dispone, sin mas ni mas, de la casa de mi futura, y sobre todo de mi alcoba nupcial, sin tener siquiera el miramiento de dejarnos albergue.

CONDE. En efecto, tienes motivo...

JUANILLO. Si nos hubieran echado la bendicion, ahí me las den todas: conduciria mi mujer á mi casa y santas pascuas; porque como soy solo, siempre llevo conmigo las llaves, y así no hay necesidad á mi llegada de despertar á Perico el criado, si es que duerme.

CONDE. Hasta ahora, no veo lo que motive el contratiempo.

JUANILLO. Aguardad. El cura que estaba preparándose para unirnos, ha sido avisado y acaba de marchar á recibir á sus señorías, que llegarán luego.

CONDE. Si no se verifica la ceremonia hoy, se aplaza para mañana.

JUANILLO. Mi empeño es que ha de ser al instante, y si no en la forma prevenida, será de otro modo, pero lo será.

CONDE. De qué modo?

JUANILLO. Echándonos la bendicion el padre Genaro, á quien ya ha ido á avisar Roque el Rubio.

CONDE. ¿Ese padre Genaro es el que está aquí algun tiempo por su quebrantada salud?

JUANILLO. Cabal. Le conoceis?

CONDE. Mucho.

JUANILLO. El acto se verificará en una capilla que solo está alumbrada por una lámpara; de modo que nos casaremos poco menos que á oscuras.

CONDE. ¿Qué importa la forma, con tal de recibir cristianamente la bendicion dos almas enamoradas?

JUANILLO. Os diré: eso de enamoradas... está algo oscuro, porque Graziela...

CONDE. Graziela! tú te casas con Graziela?

JUANILLO. Sí señor.

CONDE. Y ella consiente?

JUANILLO. Tiene sus hormiguillas: dá á entender que no quiere, refunfuña y patelea. Allá dentro la teneis rabiando como una loca; pero como su padre, como ella le llama, y yo la obligamos...

CONDE. (Dios mio!) No amándote cómo te atreves!..

JUANILLO. Por la razon de que apechugo con una dote que no debo despreciar.

CONDE. A cuánto asciende la dote?

JUANILLO. A doscientos ducados.

CONDE. Si te ofrecieran cuatrocientos, renunciarias á casarte?

JUANILLO. Como no me los ofrecerán!

CONDE. Tal vez sí.

JUANILLO. Quién habia de ser?

CONDE. Yo.

JUANILLO. Vos?

CONDE. Sí.

JUANILLO. Puede... que me conformara.

CONDE. Cuéntalos como tuyos; pero me has de ceder en cámbio el puesto y nombre de esposo.

JUANILLO. Qué decís, señor caballero?

CONDE. Digo, que si aceptas, salgo inmediatamente á prevenir al padre Genaro. A vuestra llegada á la iglesia me entregarás tu capa y sombrero sin que nadie, ni Graziela misma lo note, y desapareces.

JUANILLO. Ya, pero...

CONDE. Si aceptas la proposicion, eres dueño de este bolsillo lleno de oro.

JUANILLO. Oro?

CONDE. Sí.

JUANILLO. Teneis unos razonamientos tan persuasivos, que al hombre mas enamorado le haríais dudar.

CONDE. Te decides?

JUANILLO. (Si se atiende á que Graziela me ha cantado llanamente que no me ama, que seré infeliz, que nos avendremos mal y otras cosas...)

CONDE. En fin, qué resuelves?

JUANILLO. Resuelvo... que á ser verdad lo ofrecido...

CONDE. Toma. *(Le dá un bolsillo.)*

JUANILLO. Uy, cómo pesa!

CONDE. Solo te impongo una condicion.

JUANILLO. Cuál?

CONDE. La de no comunicar á nadie este convenio.

JUANILLO. Seré mudo hasta para conmigo mismo.

CONDE. A tu salida de la iglesia, te esconderás hasta mañana donde nadie pueda verte.

JUANILLO. Me esconderé.

CONDE. De este modo, yo me casaré con tu prometida, y...

JUANILLO. Cómo! cómo! Casaros con mi Graziela?

CONDE. Por supuesto. Tambien me vas á entregar las llaves de tu casa por si necesito hacer uso de ellas.

JUANILLO. Eso sí que es algo durillo! ¡En una noche tan señalada haber otro yo! es al decir, haber un... un... ¿Cómo diré?...

CONDE. Mañana tendrás otro bolsillo como ese.

JUANILLO. Más oro? Cuando digo que teneis una persuasiva irresistible... Tomad. *(Le entrega las llaves.)*

CONDE. Una mujer se dirige hácia aquí? sin duda es Graziela; conviene que no sospeche... Hasta dentro de poco y no olvides nada de lo pactado.

JUANILLO. Nada olvidaré.

Escena VII.

JUANILLO y GRAZIELA.

JUANILLO. Tengo para mí que este señor se entiende con Satanás.

GRAZIELA *(en traje de boda)*. Juanillo! *(llamando.)* (Haré mi último esfuerzo.) Y bien, ¿insistes en lo dicho á pesar de mi revelacion de que es imposible nuestro matrimonio? ¿No hacen huella en tí ni mis súplicas ni mis lágrimas? ¿No han llegado á concebir tus nobles sentimientos que al renunciar mi mano hacias un bien humanitario?

JUANILLO. (Si supieras lo que te espera...)

GRAZIELA. Qué respondes?

JUANILLO. Que marchemos cuanto antes.

GRAZIELA. Ya que te empeñas, ante Dios te hago responsable de mi desgracia.

Escena VIII.

Los MISMOS; aldeanos y aldeanas que acompañan á los novios á la iglesia, cantando el final del coro de introduccion.

Escena IX.

El BARON solo.

Boda mas estrafalaria que la de estos chicos, dificulto que pueda hacerse. Por una parte, la niña llora que llora por no querer casarse; el novio por otra, decidido á ello; y ese Roque el Rubio, sin duda por sus fines particulares, sacrifica la voluntad de la moza, y, quieras que no, la empuja á la iglesia para consumar el sacrificio. En fin, allá se las compongan. Ya que está prevenido todo, salgamos al encuentro de los Duques para conducirles á su hospedaje.

Escena X.

JUANILLO entrando, sin capa ni sombrero, por la parte opuesta á la salida del BARON.

HABLADO.

Pues señor, vaya una broma. Ya todos en la iglesia, me ha conducido el padre Genaro á la Abadía, donde me esperaba ese señor, quien en un santiamén me ha despojado de capa y sombrero; despues me han sacado á la plaza, y héteme aquí sin saber cómo ni por qué he venido. Pero lo cierto es que he hecho un negocio redondo. Con el oro de ese desconocido, los doscientos ducados de Graziela, que me pertenecen de derecho por no habérmelos reclamado el que va á ser su esposo, y el otro bolsillo que recibiré, de seguro que voy á ser el mayor potentado en seis leguas á la redonda.

MÚSICA.

A mí me llaman el tonto
muchos tontos del lugar;

si entre tontos va la danza,
son mas tontos los demás.
Porque yo al hacer negocios
de tamaña calidad,
ya cesó mi tontería
y poseo un capital.
Din, din, din, din,
din, din, din, dan.
Tan grato són
sabe alegrar
el corazon
y hace bailar.
Lará, larí,
larí, lará.
Al vender así á mi novia,
tomo un bien y dejo un mal:
matrimonio que no se ama
ya se sabe cómo va.
Hay casados que darian
por un nada á su mitad,
añadiendo media hacienda
para no verse jamás.
Din, din, din, din,
din, din, din, dan, etc.

HABLADO.

Qué rumor es ese? no quebrantemos la consigna, y á buscar una gazapera.
(Hace mutis por la segunda puerta.)

Escena XI.

La DUQUESA, el DUQUE, el BARON, damas, pajes y criados con antorchas.

DUQUE. Debeis sentiros cansada del viaje, querida Duquesa.

DUQUESA. No mucho, ni será causa que me impida pasar la noche orando.

DUQUE. Ya sabeis, señora, que vuestra salud se encuentra algo quebrantada á consecuencia de tan continuadas vigilias.

DUQUESA. Consigo en ello el bien del alma.

BARON. Señora...

DUQUESA. Baron, qué hay?

BARON. Vuestra alteza tiene preparado este alojamiento, que

si no es tan digno como corresponde, es el mejor que he encontrado.

DUQUESA. Gracias, Baron.

DUQUE. Has procurado buena cena?

BARON. Precisamente se celebrará dentro de pocos instantes una boda.

DUQUE. Una boda? No faltaré. Procuremos que la Duquesa quede orando, y nosotros nos damos ya por convidados. Á propósito: qué tal son las mozas de por acá?

BARON. Señor, hay algunas que...

DUQUE. Bien, bien; las veremos.

DUQUESA. Baron, como trato de pasar la noche orando, acompañarás al Duque en su aposento...

BARON. Quedará complacida su alteza.

Escena última.

Los MISMOS: GRAZIELA, el CONDE, acompañamiento y luego JUANILLO.

GRAZIELA *(tratando de separarse del* CONDE*)*. ¡Jesús, cuánto forastero! *(Aludiendo á los personajes que han llegado antes.)*

CONDE. (Los Duques! Huyamos!) *(Se marcha precipitadamente.)*

DUQUE *(al* BARON*)*. Qué gente es esta?

BARON. Los recien casados y la comitiva de que antes hablaba.

DUQUE *(reconociendo á todas las aldeanas)*. ¡Qué lindas muchachas! Hola! Sin duda eres tú la novia?

GRAZIELA. Sí señor.

DUQUE. Y el novio, quién es?

GRAZIELA. Juanillo.

DUQUE. Juanillo? (Bueno es saberlo.) Preséntamele.

GRAZIELA. En mi compañía entró y ahora no le veo. Juanillo! Juanillo! *(Llamando.)*

JUANILLO *(saliendo)*. Quién me llama? Qué se ofrece? (¡Torpe de mí, que al ser llamado, he salido sin recordar!...)

DUQUE. No encuentro el punto comparativo entre el aire estúpido del compañero y tu linda cara, niña hechicera.

GRAZIELA. Favor que vuesa merced me dispensa.

MÚSICA.

DUQUESA. Baron, presenta á los novios.

BARON. Al punto. Venid, venid.

GRAZIELA. Obedezco.
JUANILLO. (Novio yo?)
DUQUESA. Ven, hermosa niña, dí:
quieres mucho á tu marido?
te consideras feliz?
GRAZIELA. Sí... señora.
DUQUESA. Y tu esposo
es este jóven?
GRAZIELA. Sí, sí
señora.
JUANILLO. (Cómo! lo afirma?
Vaya un modo de mentir!)
DUQUESA. Os deseo dicha eterna
lo mismo que para mí.
Toma en regalo de boda
esto, y que ayude á lucir
tu hermosura, si es posible. *(Le coloca un collar de valor.)*
GRAZIELA. Ah, señora! permitid...
(Intenta arrodillarse y la DUQUESA *lo evita.)*
DUQUE. El novio no ha de ser menos:
toma este otro para tí. *(Le dá un bolsillo con dinero;* JUANILLO *demuestra la gratitud con cortesías.)*
ALDEANAS. Qué collar de ricas perlas
á la novia le han prendido!
quién lograra la fortuna
de alcanzar otro lo mismo!
Y á la vez de tal adorno,
que deslumbra con su brillo,
conseguir como Graziela
la posesion de un marido.
ALDEANOS. Ha cazado su buen dote
el muy tuno de Juanillo;
quién lograra la fortuna
de pillar otro lo mismo!
Y á la vez de tan gran pesca,
que deslumbra por su brillo,
conseguir una muchacha
que me quiera por marido.
GRAZIELA. Por un sí me han obligado
á que falle mi destino
y he faltado al juramento
de quien solo por él vivo.
Sostenerme apenas puedo!
Ten piedad de mí, Dios mio!
solo imploro tu clemencia
por lo mucho que he sufrido.
JUANILLO. Yo no salgo de mis dudas

entre tanto laberinto:
si no están chiflados todos,
lo estaré yo, por lo visto.
Que casado soy afirman
y la novia así lo ha dicho:
pues que voy ganando en ello,
pasaré por su marido.

DUQUESA. Qué mortales tan dichosos!
Qué felices campesinos!
todo en ellos es ventura,
puro amor y regocijo.
La mentira desconocen
por honrados y sencillos;
su fortuna solo estriba
en querer y ser queridos.

DUQUE. En la corte, con ser corte,
no se encuentran estos tipos
de muchachas tan rollizas
ni de tantos atractivos.
Les declaro audaz la guerra
á los bandos aguerridos,
y en los puntos estratégios
triunfaré del enemigo.

BARON. Tengo miedo á la tormenta
que preveo en este sitio,
porque el Duque y sus amores
van á meterme en un lío:
Las mozuelas son bonitas;
es el Duque decidido,
y como he de vigilarle,
pueden romperme el bautismo.

—

DUQUE. Escucha, bella jóven,
ya que de boda estais,
una improvisacion
dicha por un galan
en caso parecido
que consiguió gustar.

JUANILLO. Por mí ya estoy oyendo.

CORO GENERAL Contad, sí, sí: contad.

DUQUE. Pues es la improvisacion,
El primer beso de amor.

—

El casarse nos domina
y en estremo es codiciado,
por ser el sueño dorado
que á todo mortal fascina.

A punto suele llegar,
que se busca hasta al azar,
bien con pena ó con dolor,
El primer beso de amor.

—

Conseguido el himeneo,
boda, alegría, algazara,
y en los novios se repara
que domina otro deseo:
deseo que viene á ser,
lo que luego han de tener
con el fuego de su ardor,
El primer beso de amor.

—

Ya que fué tranquilo todo,
ambos novios enmudecen;
se miran y se estremecen,
y hablan sus ojos de modo
que se deja traslucir
el que antes de dormir
venga, burlando el rubor,
El primer beso de amor.

—

DUQUESA. Basta ya. Querido Duque,
en marcha cuando gusteis.
Señores novios, señores,
termine la fiesta en bien.
Con Dios quedad.

CORO GENERAL Hasta mas ver.

(Toma el DUQUE *la mano de la* DUQUESA *y ambos se dirigen á la casa, siguiéndoles toda la comitiva.)*

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala en la casa de JUANILLO: dos puertas laterales á la derecha y otras dos á la izquierda: la del primer término derecha sirve de entrada; la segunda conduce al aposento de JUANILLO: la del primer término izquierda dá paso al granero, y la segunda es la del hogar. En el foro un balcon. Mueblaje sencillo, y sobre una mesa, que estará colocada en el espacio de las dos puertas de la derecha, habrá dos luces.

Escena primera.

GRAZIELA y coro de aldeanas.

MÚSICA.

ALDEANAS. La noche avanza;
fin dió la fiesta.
A nuestros lares
que nos esperan,
ya que es preciso
cuando amanezca
tener previstas
nuestras faenas.
Que goces miles
de primaveras
del santo lazo
que hoy comienza,
con la ventura,
paz y belleza
que las amigas
á tí desean.

GRAZIELA. Gustosa admito
tal atencion,
y os doy las gracias
de corazon.

ALDEANAS. En vuestro cuarto

entrad, entrad;
llegó el momento
de descansar.
Tambien nosotras
nos vamos ya,
y hasta mañana
con Dios quedad.
(Se retiran las ALDEANAS, *escepto dos que acompañan á* GRAZIELA *al aposento de* JUANILLO: *una de ellas se lleva una de las luces.)*

Escena II.

JUANILLO, entrando.

HABLADO.

Ajá, já! Se largaron mis compañeros, y ahora las muchachas. Pues señor, á decir verdad, no sé si sueño ó estoy despierto. Por una parte, oro y mas oro; por otra, la incertidumbre de si soy ó no soy casado. Dentro de poco se marcharán las niñas que acompañan á Graziela, y héme aquí solo con mi mujer postiza... ó no postiza. Caramba! Casi estoy arrepentido de lo hecho. Ahora me gusta mas mi novia que antes de casarse: en cuanto la miro, me entra una especie de hormigueo que... solo me faltaba el remache del *beso de amor* del señor Duque, para hacerme relamer los labios al pensar... Ea, basta, Juanillo, basta. Ahora hablemos claros y vamos á cuentas, porque hay que decidirse á tomar una resolucion. Y qué resolucion tomo? Eso es lo que no sé. Pues en caso de incertidumbre, pecho al agua y lancémonos á la corriente. Si estoy solo en casa con Graziela, la culpa no es mia, sino de aquel señor que me abandona en momentos tan críticos, sin tomar en cuenta que mi ignorancia puede conducirme á cometer alguna barbaridad. *(En este momento sale el* CONDE *por la puerta primera derecha y sin que* JUANILLO *lo vea apaga la luz.)* Eh? ¿Se ha apagado la luz? Habrá sido el aire... ¡Parece que oiga pasos! Quién anda ahí?

Escena III.

JUANILLO y el CONDE.

CONDE. Yo.
JUANILLO. Quién es yo?
CONDE. El que viene á reclamarte su mujer.
JUANILLO. *(Vade retro!* ¡En qué ocasion tan inoportuna llega!)
CONDE. No respondes?
JUANILLO. Sí. sí tal.
CONDE. Sabes con quén hablas?
JUANILLO. Vuestra voz no es fácil que la confunda entre otras mil: por lo particular, parece que sienta al diablo en persona.
CONDE. Puede que aciertes.
JUANILLO. Será posible?
CONDE. Cuenta con que faltes á lo pactado.
JUANILLO. Cumplo siempre lo que prometo.
CONDE. Y dices la verdad?
JUANILLO. Tambien.
CONDE. Con quién has venido aquí?
JUANILLO. Con mi mujer.
CONDE. Cómo?
JUANILLO. Digo, no: perdonad mi equivocacion. He venido con la vuestra.
CONDE. La has traido apoyada de tu brazo?
JUANILLO. Cabal: para que no resbalase ó cayera.
CONDE. Ya estás de sobra. Puedes retirarte á otro aposento y esperar mis órdenes
JUANILLO. (Se trocaron los papeles y no es muy apetecible el cámbio)
CONDE. Acércate y toma. *(Le dá un bolsillo.)* No habia olvidado lo prometido
JUANILLO. Ni yo tampoco. *(Tomándolo.)* Por esta puerta de la izquierda hay un corredor que conduce al granero, que es á donde me dirijo.
CONDE. Lo sé.
JUANILLO. Vos?
CONDE. Sí: hace rato que tengo reconocida la casa para lo que pueda convenirme.
JUANILLO. (No es previsor que digamos.)
CONDE. Aguarda, Juanillo. Qué ruido es ese?
JUANILLO. Son las compañeras de Graziela que salen para despedirse.

Escena IV.

Los MISMOS: GRAZIELA y ALDEANAS 1.ª y 2.ª

Aldeana 1.ª Tampoco hay luz aquí?

Aldeana 2.ª Puede que el aire la haya apagado como á la nuestra, ó que Juanillo ande por allá dentro.

Graziela. Aprovecharé esta ocasion para irme á mi casa sin necesidad de mas esplicaciones.

Aldeana 1.ª Déjate de tonterías que no vienen al caso.

Graziela. Comprendo vuestros buenos deseos, pero no permanezco mas aquí.

Aldeana 1.ª Vamos á ver: tu marido no es un hombre honrado?

Graziela. Sí.

Juanillo. (Muchas gracias.)

Aldeana 1.ª Que sea algo estúpido, no negaré.

Juanillo. (Uy! Qué puñetazo te llevas!) *(Al ir hácia la aldeana el* Conde *le detiene.)*

Aldeana 1.ª No veo en esto la razon de que sea un mal marido.

Juanillo. (Voy á abrazarla.) *(Le detiene el* Conde *otra vez.)*

Aldeana 1.ª En fin, sea lo que fuere, no hay mas que conformarte. Le llamaremos y así traerá luz. Juanillo! Juanillo! *(Llamándolo.)* Por dónde andas?

Conde. Responde. *(Bajo á* Juanillo.*)*

Juanillo. Aquí estoy.

Aldeana 1.ª Estabas ahí? Cómo es que te hallas á oscuras?

Juanillo. Por no verte.

Aldeana 1.ª Eres muy amable.

Juanillo. Estoy en mi casa y hago cuanto me acomoda. ¿Estamos?

Aldeana 1.ª Bien, hombre, bien.

Conde. *(Aparte á* Juanillo.*)* Diles que se marchen.

Juanillo. Y si no os largais al momento, pillo una tranca y la rompo sobre vuestras costillas.

Aldeanas. Qué bruto! *(Huyendo.)*

Juanillo. Eh, qué tal? ¿Las he persuadido pronto para que se alejaran?

Conde. Ahora te toca á tí.

Juanillo. El qué?

Conde. Hacer otro tanto.

Juanillo. Ya, ya comprendo la indirecta. *(Se retira por la primera puerta izquierda.)*

Escena V.

GRAZIELA y el CONDE.

GRAZIELA *(que se ha quedado pensativa, dice con resolucion).* (Sí, sí: es la única solucion que encuentro.) Juanillo, ¿recuerdas que antes de ir á la iglesia te hice responsable de lo que pudiera sobrevenir? El momento ha llegado, y por no quebrantar mi juramento de amor á quien lo tengo ofrecido, prefiero la muerte. Si me aprecias en algo, apresúrate y recoge mi cadáver al pié de este balcon.

MÚSICA.

CONDE. Graziela, Graziela mia!
GRAZIELA. Oh, cielo santo! Esa voz...!
CONDE. Serénate.
GRAZIELA. No, no sueño!
Decidme, señor, sois vos...?
CONDE. El mismo, sí.
GRAZIELA. Acercaos,
acercaos por favor,
y sepa yo por qué causa
os hallo en tal ocasion.
CONDE. Dios vela por tu inocencia
lo mismo que velo yo,
y por salvarte, á tu ausilio
volé en alas de mi amor.
Declinaba el dia ayer
buscando el sol el ocaso,
cuando hallé un hombre al acaso
que malquistó su querer.
Tu Juanillo es quien me habló,
y sin mirar su decoro,
por un puñado de oro
puesto y nombre me cedió.
Nombre que ansioso acogí
tras de misterio entendido,
ya que por mi amor rendido
consagrado estaba á tí.
A mi lado en el altar
un sí lanzaste llorosa,
y el grato nombre de esposa

aquel sí me vino á dar.

GRAZIELA. Gran Dios! Qué es lo que decís?
ventura tanta es verdad?
calmad pronto mi ansiedad;
decidme que no mentís.
Porque mi alma, lacerada,
de contínuo padecer,
de la dicha y el placer
se juzgó siempre privada.

CONDE. Mitiga tu pena ya
olvidando lo pasado,
puesto que tu bien amado
junto á tí siempre estará.

GRAZIELA. Era mi vida
siempre abatida
por el tormento
de su dolor,
cual mariposa
que no reposa
nunca en el cáliz
de dulce flor.
Tal desconsuelo
descubre un cielo
que vió perdido
en su ilusion.
¡Bendito instante
que digno amante
mi dicha vuelves
al corazon!

CONDE. Al ser mi vida
prenda querida,
penas olvido
de mi dolor,
cual mariposa
que alegre posa
en tierno cáliz
de dulce flor.
Tu desconsuelo
descubre un cielo
que vió perdido
en su ilusion.
¡Bendito instante
en que el amante
tu dicha vuelve
al corazon!

HABLADO.

GRAZIELA. Os debo la vida, y desde este instante os la consagro con toda mi alma.

CONDE. Oye, Graziela: hay que aprovechar los momentos. Si por algun incidente necesitaras de mi ausilio...

GRAZIELA. Acaso tratais de dejarme?

CONDE. Las circunstancias tal vez me obliguen, y solo te recomiendo que tengas presentes estas palabras: *Amor eterno.*

GRAZIELA. No las olvidaré, como no he olvidado el sonido de vuestra voz. Ahora, sin que lo tomeis á enojo, permitidme que os dirija una pregunta.

CONDE. Habla.

GRAZIELA. Si el ser vuestra esposa me dá algun derecho sobre vos, decidme: Quién sois, esposo mio?

CONDE. Perdona mi reserva y no intentes averiguarlo hasta que yo te lo declare. Nuestro matrimonio ha de ser un secreto para todos, y en particular para los Duques.

GRAZIELA. Dispensad si es que indiscreta...

CONDE. Dentro de poco saldremos de Italia, y entonces podré con orgullo presentarte públicamente con los derechos que te asisten sobre mí.

GRAZIELA. Vuestra voluntad será la mia. Pero en cámbio, me parece que ya no tratareis de ocultarme el rostro.

CONDE. Antes te lo ocultaba por prudencia y ahora lo procuraré por temor.

GRAZIELA. Temor...? De qué?

CONDE. Me has amado sin verme ni conocerme, y temo destruir lo que tal vez deba al favor de tu idealismo.

GRAZIELA. Imposible. Yo amo los nobles sentimientos que os adornan. Vuestro retrato está aquí *(señalando al corazon)*, y ante mis ojos os concibo modelado bajo las prendas que embellecen vuestra alma. ¡Se oye el crujir de una puerta!

CONDE. Quién se atreverá á penetrar á estas horas? Retírate.

GRAZIELA. Voy á ver si consigo procurarme luz...
(Se vá puerta segunda izquierda.)

Escena VI.

El CONDE, el DUQUE y el BARON.

(*El* DUQUE *y el* BARON *entran por el balcon.*)

BARON. Ay, ay, ay!

DUQUE. Qué te sucede?

BARON. Que se ha escurrido y rodado al suelo la escalera al poner el pié sobre el balcon.

DUQUE. Ese accidente nos corta la retirada por este sitio.

CONDE. (Es el Duque! Con qué fin vendrá á esta casa?)

DUQUE. Tú quédate de centinela en ese mismo sitio.

BARON. Caspitina! Señor, tenga presente su alteza que con el fresco que hace...

DUQUE. Me avisarás al primer peligro que notes.

BARON. Perded cuidado. (Hé aquí á todo un Baron convertido poco menos que en calabaza puesta al sereno...!)

DUQUE. (Buena idea la de traerme al Baron. Mi esposa estará lejos de concebir que he convertido al espía en cómplice, á fin de que no me venda. Por esta parte estoy seguro, y como la Duquesa estará en su aposento entregada á piadosos ejercicios, aprovecho esta ocasion para nuevas aventuras. Aquí, segun informes, ha parado la recien casada, y la dedico mi primera visita.) La verdad es que á oscuras no sé hácia dónde dirigir mis pasos. Seguiremos al azar. (*Entra en el aposento de* JUANILLO.)

Escena VII.

El CONDE, el BARON y JUANILLO.

CONDE. Juanillo! (*llamando quedo desde la puerta*) Juanillo!... Duermes?

JUANILLO. Al parecer lo mismo que vos.

CONDE. Quieres ganarte cincuenta ducados?

JUANILLO. Miel sobre hojuelas. Qué hay que hacer?

CONDE. Apresúrate á llegar á casa de Graziela; procura hablar á la señora Duquesa, manifestándola que el Duque está aquí y corre inminente peligro su vida.

JUANILLO. Es cierto lo que hablais?

CONDE. No te importa. Parte al punto.

JUANILLO. Volando.

BARON. *(Abriendo poco á poco el balcon.)* Lo que presumia: el fresquecillo me ha proporcionado un...

JUANILLO. Decidme, señor: ¿habeis dicho que por el viaje me ofrecíais...?

CONDE. Sí, hombre, sí: cincuenta ducados.

JUANILLO. (Pero no me los dá.)

BARON. No lo dije? Aphs! *(Estornuda.)*

COND. y JUAN. Jesús!

BARON. Gracias.

(Se marcha JUANILLO *por la puerta de entrada y el* CONDE *por la primera puerta izquierda.)*

Escena VIII.

El BARON; luego el DUQUE.

BARON. *(Entrando.)* El Duque anda por aquí dentro á oscuras y no sé cómo se compondrá. Sin embargo, no creo que esté peor que yo. El frio de la noche se ha apoderado de tal manera de mí, que aunque procuro entrar en calor... Brrr! Resulte lo que quiera, aquí dentro me quedo por mas que rompa la consigna.

DUQUE. Pues señor, no consigo nada por ahora y estoy por dar voces.

BARON. Y vuelta! Aphs! *(Estornuda, queriendo contenerse.)*

DUQUE. Quién vá?

BARON. Soy yo. Decidme, señor: ¿no os parece que la centinela se haria con mas comodidad aquí?

DUQUE. Al centinela que abandona su punto, ¿sabes el castigo que se le impone?

BARON. Por grande que sea, es preferible á continuar por mas tiempo en ese maldito balcon.

DUQUE. No acostumbro á dar dos veces una misma órden.

BARON. Perdonad, señor, si he abusado...

DUQUE. Basta.

BARON. *(Yendo al balcon.)* (¡Maldita la hora... Hasta se me figura que está helando!)

DUQUE. Es preciso tomar una resolucion... Ah! por fin se distingue luz. Quién será? Oh fortuna! es la novia que se dirige hácia aquí! Observemos desde este lado.

Escena IX.

El DUQUE, GRAZIELA y luego el CONDE.

GRAZIELA. Si supiérais lo que he padecido para conseguir luz. No quedaba ni una chispa de fuego en el hogar.

(El DUQUE *se ha adelantado sin ser visto, coje la mano á* GRAZIELA, *y esta, sorprendida, deja caer la luz, quedando la escena á oscuras nuevamente.)*

GRAZIELA. Ah!

MÚSICA.

GRAZIELA. Vaya un susto que he llevado!
DUQUE. De muy poco os asustais.
GRAZIELA. El matar la luz tan pronto
privó mi curiosidad...
DUQUE. (Qué quiere decir?)
GRAZIELA. De nuevo
voy á encenderla.
DUQUE. No tal:—
la luz no hace al caso: á oscuras
tambien podemos hablar.
GRAZIELA. Eh...! Esa voz no es la vuestra!
DUQUE. Que no lo es?
GRAZIELA. En verdad
que no.
DUQUE. (Qué misterio es este!)
CONDE. Los dos juntos aquí están,
y es preciso que procure
por algun medio evitar,
sin que nadie se aperciba,
de lo que el Duque es capaz.
GRAZIELA. Como ignoro si os conozco,
decidme por qué aquí estais
y además las dos palabras
por las que os he de llamar.
DUQUE. (Héme aquí comprometido
sin saber cuáles serán.)
Yo te adoro.
GRAZIELA. No son esas.
DUQUE. Son... que te amo y nada mas.
GRAZIELA. (Huyamos.)

CONDE. *(Aparte á* GRAZIELA.*) Amor eterno.*
GRAZIELA. Esas sí! A dónde estais?
CONDE. A tu lado, nada temas;
pronto de dudas saldrás.
DUQUE. Un ángel de amor soñé
entre dulce ensueño un dia;
cual soñó mi fantasía,
en tí ese ángel hallé.
GRAZIELA. Razon no me puedo dar
de que al no ser mi marido,
haya aquí un hombre escondido
ni que así me venga á hablar.
CONDE. Con engaño baladí
la está requiriendo amores,
mientras duros sinsabores
están matándome á mí.
DUQUE. Ven, salgamos de este sitio.
GRAZIELA. Eso no: jamás, jamás!
DUQUE. No me huyas, porque es en vano.
CONDE. (Llegó el caso de acabar.)
(Al huir GRAZIELA, *cambian de sitio los dos personajes, quedando el* DUQUE *á la izquierda y el* CONDE *á la derecha, precisamente al contrario de como estaban antes.)*
GRAZIELA. *(Al* DUQUE, *equivocándole con el* CONDE.*)*
Señor, ahora á vos toca
el tener de mí piedad.
DUQUE. (Triunfé.) Me acoges por fin?
GRAZIELA. Ah! soltad, por Dios; soltad!
CONDE. *(A* GRAZIELA.*)* Seguid pronto, por aquí.
DUQUE. Otra vez se me fué ya!
*(*GRAZIELA *desaparece por la puerta del hogar y el* CONDE *por la primera izquierda.)*

Escena X.

El DUQUE y el BARON: luego JUANILLO —El BARON, momentos antes de terminar el terceto, ha entrado del balcon, y cuando se tenga por conveniente dirá los versos que siguen.

HABLADO.

BARON. (Me parece que oigo voces por aquí, y esta es la mia para escurrirme.)

DUQUE. *(Que ha continuado como persiguiendo á* GRAZIELA, *se encuentra con el* BARON, *y asiéndole de la mano, le dice:)*

De nuevo te pillé: ahora no es fácil que te suelte.

BARON. Creí que necesitábais de mi auxilio.

DUQUE. Ah! eres tú? Si no mirara... *(Le dá un empujon.)*

BARON. (Malos vientos corren por todos lados! prefiero los de ahí fuera.) *(Vuelve otra vez al balcon.)*

JUANILLO. Ya me teneis de vuelta, señor.

DUQUE. Quién eres tú?

JUANILLO. Quién he de ser! Juanillo.

DUQUE. (El esposo!...)

JUANILLO. No os creia aquí y llevaba la idea de llamar al cuarto de mi esposa... es decir, de la vuestra. ¡Maldita costumbre!

DUQUE. (Qué dice...?) Por supuesto que tratabas de...

JUANILLO. Vuesarcé es el que ha de tratar el asunto sin pamplinas, y hablarme con voz natural como antes, ya que el título de marido os cuesta buenas peluconas. Ah! ya que viene al caso, aseguro á su mercé que lo que me adeuda por mi mensaje lo llevo bien ganado. ¡Cuántos inconvenientes se han tenido que vencer para conseguir hablar á la señora Duquesa! Pero por fin, la he comunicado de pé á pá toda vuestra órden.

DUQUE. *(Con sorpresa.)* Qué órden?

JUANILLO. Toma! la vuestra.

DUQUE. (Qué lio es este?)

JUANILLO. Verá su mercé como sí que sirvo para estos casos. He dicho: «Señora Duquesa, el Duque se halla en este instante en mi casa, donde corre gran peligro.»

DUQUE. Quién te ha dado esa órden?

JUANILLO. Quién ha de ser sino vos mismo?

DUQUE. (No hay duda que anda á la vuelta algun tercero, y es preciso averiguarlo...)

JUANILLO. (Qué callado se está! bueno será hacerle memoria.) Supongo que los cincuenta ducados...

DUQUE. Cien te daré, si procuras sacarme de esta casa sin que me vean.

JUANILLO. A vos?

DUQUE. A mí.

JUANILLO. Vuestra mujer no lo llevará con gusto.

DUQUE. Es preciso salir inmediatamente.

JUANILLO. (Qué diablos! En cuanto una ocasion propicia le acerca á su mujer, zás! punto redondo, y se vá con la música á otra parte.)

DUQUE. En qué piensas, imbécil?

JUANILLO. Perdonad: pensaba...

DUQUE. Sácame pronto de aquí.

JUANILLO. Seguidme y os conduciré al camino, donde encontrareis indudablemente á la Duquesa.

DUQUE. Hay otra salida?

JUANILLO. Atravesando el rio.

DUQUE. Guíame al punto.

JUANILLO. He de reconocer antes el bote, porque puede tener agua.

DUQUE. No te detengas, despacha.

JUANILLO. Voy. Ah! me habeis dicho que cien ducados?

DUQUE. Qué taravilla! sí, hombre, sí.

JUANILLO. Vuelvo al momento.

Escena XI.

El DUQUE y el BARON.

DUQUE. Me pierdo en conjeturas sin resultado! Hasta mi persona juega en este embrollo, y lo particular es que no concibo quién haya podido denunciarme á la Duquesa.

BARON. Señor Duque, estais ahí?

DUQUE. Sí. (Ah! qué rayo de luz! El Baron es quien me ha denunciado.)

BARON. Señor, ya no es el frio quien me obliga á retirarme del balcon, sino...

DUQUE. Quién?

BARON. El miedo.

DUQUE. Cuerpo de tal!

BARON. Nos amenaza un gran peligro.

DUQUE. Hablarás de una vez?

BARON. La Duquesa con sus guardias, criados con antorchas y gente del pueblo, se dirije hácia aquí. En cuanto lleguen frente al balcon y distingan mi bulto, les serviré de blanco.

DUQUE. Basta. A tu puesto y cuida de no moverte.

BARON. (Qué va á ser de mí! No me queda otro recurso que tenderme á la larga. Santo Dios! Santo fuerte! ¡Santo inmortal!)

DUQUE. (¡Carillo te ha de costar el haberme denunciado á la Duquesa!) Ese bergante que no vuelve...!

Escena XII.

El DUQUE y el CONDE.

CONDE *(que ha oido lo último de la escena anterior, toma al* DUQUE *de la mano y le dice:)* Seguidme, señor.

DUQUE. Quién eres tú?

CONDE. El compañero de Juanillo.

DUQUE. Vamos.

Escena XIII.

El BARON y JUANILLO.

BARON. Señor, por las once mil vírgenes y todos los santos del Martirologio, apiadaos de este pobre pecador.

JUANILLO. Es de todo punto imposible la salida: la Duquesa está á la vista y no hay medio de escapar.

BARON. La coronacion de mis pecados. Si tuviera donde esconderme...

JUANILLO. Toma! Nada mas fácil.

BARON. Dónde?

JUANILLO. En el cuarto de vuestra mujer.

BARON. Mi mujer está aquí? Ah, Duque, Duque! ¡Ya comprendo mi centinela!

JUANILLO. Si quereis yo os güiaré.

BARON. Sí, pronto.

JUANILLO. (Esta voz ya no es la de antes! Por lo visto la cambia cuando se le antoja.) Entrad por esta puerta. *(Le señala la segunda puerta de la derecha.)*

BARON. Dios te lo premie.

Escena XIV.

JUANILLO y GRAZIELA: luego la DUQUESA, guardias, pajes, criados con antorchas y coro general de aldeanos.

GRAZIELA *(que sale trayendo una luz.)* ¡Se oyen voces dentro de casa! Qué será?

JUANILLO. Lo que menos te importa. Mientras vas danzando de

aquí para allí sin provecho, tu marido se desespera aguardándote en tu cuarto.

GRAZIELA. Será posible!

JUANILLO. Y tanto como lo es. *(Sale por la puerta como para recibir á la* DUQUESA.)

MÚSICA.

DUQUESA. No estrañes verme de nuevo
en intempestiva hora.

GRAZIELA. Me honrais en ello, señora,
por el respeto que os debo.

DUQUESA. El Duque está en esta casa
y sé que hay un plan fraguado.

GRAZIELA. Quien así os haya informado,
tras de mentir, se propasa.

DUQUESA. Si anhelas su amor
por juzgarte bella,
seguiré su huella,
salvaré mi honor.

GRAZIELA. Nunca lugar dí
de pedirme celos,
ni abrigueis recelos
con respecto á mí.

CORO. La Duquesa está
triste y pesarosa:
siempre cautelosa
tras el Duque va.

DUQUESA. Dí, sabes lo que es amor?

GRAZIELA. Lo sé.

DUQUESA. Y celos tambien?

GRAZIELA. Sí; y á más lo que es desden,
que sin duda es lo peor.
El amor nos extasía,
los celos nos enaltecen,
y ante un desden, enloquecen
celos y amor á porfía;
llegando á el estremo tal,
que, la persona mas cuerda,
hacen que la razon pierda
y labre su propio mal.

DUQUESA. Ha sabido
tu decir
con talento
definir
mi pregunta
singular,

y enaltezco
tal pensar.
Tus modales
nobles son;
nada tienen
de ficcion.
Si discreta
te juzgué,
mas lo eres
que pensé.

GRAZIELA. Ha podido
mi decir
con modestia
definir
la pregunta
singular
á mi modo
de pensar.
Mis modales
toscos son,
pero libres
de ficcion.
No discreta
me mostré;
me produzco
como sé.

CORO. Sus modales
nobles son:
nada tienen
de ficcion.
Si discreta
la juzgué,
es mas lista
que pensé.

HABLADO.

DUQUESA. Nunca creí que bajo ese traje se ocultara la perspicacia que demuestras; y á la vez que me sorprende, confirma la veracidad de mi sospecha.

GRAZIELA. Perdonad, señora, si involuntariamente os he ofendido.

DUQUESA. Bien, bien. Capitan, ¿has tomado precauciones para que nadie pueda salir de esta casa?

CAPITAN. Se han cumplido las órdenes de vuestra alteza.

DUQUESA. Ahora, practica un registro escrupuloso por el interior.

(A una órden que comunica el CAPITAN, *entran guardias con luces por las puertas de la izquierda y él mismo se dirige con dos individuos, uno de ellos con luz, al aposento de* JUANILLO.*)*

GRAZIELA. *(Al ver la direccion del* CAPITAN.*)* Ah! un momento *(al* CAPITAN*)*; señora, esa es mi estancia y suplico á su alteza que se respete.

DUQUESA. Hola! tu propio interés escita mas mi curiosidad para que se registre.

GRAZIELA. (Soy perdida.)

(A una señal de la DUQUESA *entra el* CAPITAN, *y á poco sale figurando no haber encontrado á nadie.)*

Escena XV.

DICHOS y el DUQUE, que se presenta en la puerta de entrada: luego JUANILLO.

DUQUE. Qué pasa, qué sucede, señores?

TODOS. El Duque!

DUQUESA. (Es él!)

DUQUE. Señora, ¿qué motiva el encontrar á vuestra alteza en esta casa?

DUQUESA. ¿Podrá decirme el Duque por qué se encuentra en ella?

DUQUE. Nada mas natural. Me hallaba tranquilamente durmiendo y me despertó el alboroto estraordinario de vuestra salida; os he seguido y me encuentro aquí tambien.

DUQUESA. Será posible? Yo he venido presurosa á salvaros, atendida la confidencia de que os amenazaba un gran peligro.

DUQUE. Quién es el osado autor de tal impostura?

DUQUESA. Ese hombre.

DUQUE. Tú!

JUANILLO. Es la pura verdad.

DUQUE. Quién te la ha comunicado?

JUANILLO. Quién? (Ay, Dios mio!) Pues me la ha comunicado... Quién habia de ser? el... el... marido de mi esposa.

DUQUE. El marido de tu esposa?

DUQUESA. Acaso no eres tú el de esta jóven?

JUANILLO. De... esta jóven?

DUQUESA. Sí.

JUANILLO. Ah! ya. Sí, sí, señora. Es el decir, al principio era

su marido sin serlo: despues vino otro, como quien dice... otro yo; y por último, tira de aquí, tira de allí, le endosé mi puesto y... se casaron.

DUQUE. Quién es ese hombre y dónde se encuentra?

JUANILLO. Donde es natural: en su aposento, que es ese.

DUQUESA. Tú no has entrado, Capitan?

CAPITAN. Sí, señora Duquesa, y no hemos visto á nadie.

DUQUESA. Repite de nuevo el registro.

GRAZIELA. (Qué has hecho?) *(Aparte á* JUANILLO.*)*

JUANILLO. (Decir la verdad.)

DUQUE. Cómo se llama tu esposo, niña?

GRAZIELA. Lo ignoro, señor; y os juro que nunca le he visto la cara, aunque lo deseo.

DUQUE. Es bastante raro y original!

GRAZIELA. Lo único que puedo decir es que al unirse á mí temia incurrir en vuestro real desagrado, y espero, señora, que le perdonareis.

CAPITAN. Señora, por fin hemos descubierto á un caballero... Salid.

TODOS. El Baron!

GRAZIELA. Ah!

Escena última.

Los mismos, el BARON.

DUQUESA. No vuelvo de mi sorpresa! ¡Baron, á tu edad permitirte...! Conque estás casado?

BARON. Señora...

DUQUESA. Y lo que es mas, casado en secreto.

BARON. (Lo saben todo.) Dígnese escuchar vuestra alteza...

DUQUESA. A qué ocultarlo por mas tiempo? Confiésalo.

BARON. Ya que es preciso, lo confieso. (El títere del Conde es quien lo ha revelado todo.)

DUQUE. *(Con risa intencionada.)* Já, já, já!

BARON. (Esta risa significativa del Duque, completa mi felicidad.)

MÚSICA.

DUQUESA.
De tal modo me sorprende
la conducta del Baron,
que no sé cómo tomarla
ni comprendo, como hay Dios.
Al saber la córte toda

su capricho singular,
aunque tenga su valía
el desprecio alcanzará.

BARON. No concibo ni comprendo
cómo así me delató,
quien se vende por amigo
y ofrecióme proteccion.

DUQUE. Al tender su red la jóven
para pesca marital,
el Baron fué sorprendido
y en la red vino á parar.

GRAZIELA. Me reitero con la duda
que abrigando estoy aquí *(señalando al corazon)*
de que sea mi marido
quien acaban de decir.

JUANILLO. De tal novio por mi traza
corre allá por mi magin,
que Graziela, aunque se calle,
no ha de ser con él feliz.

—

DUQUESA. Al unirse á una aldeana
sin precaver,
le rechaza noble estirpe
tal proceder.
Solo un rapto de locura
del buen Baron,
su linaje ha mancillado
con tal borron.

BARON. Publicar yo no podia
que me casé,
ni hallo medio que vindique
mi buena fé.
Las hablillas serán todas
murmuracion:
seré escarnio de la córte
sin remision.

GRAZIELA. Si mi amor soñó un amante
sér de mi sér,
á su vista un desengaño
vengo á tener.
Y al matarme la esperanza
de mi ilusion,
se resigna á tal castigo
mi corazon.

DUQUE. Por el lance inesperado
de tal jaez,
al buen Baron de Loreto

llegó su vez.
Ya que el caso me depara
tal ocasion,
su castigo le prometo
al buen Baron.

CORO. La gazmoña de Graziela,
con su saber,
nos jugó buena tostada
con su querer.
Y al pazguato de Juanillo,
como simplon,
suplantóle con astucia
por un Baron.

—

DUQUESA. Si por caso tan estraño
á tu novia conocí,
por mi parte te perdono:
ya podeis salir de aquí.
Si es que la maledicencia
sobre tí en la córte ves,
sufre resignado y calla,
que tuya la culpa es.
Ven, dale la mano, niña.

BARON. (Oh, Dios, qué es lo que escuché?
me salvé si esta es la novia
y ella puede que tambien.)

GRAZIELA. (¡Amparadme, cielo santo!
no sé qué va á ser de mí.
Perdona si ciega anduve
cuando mi mano le dí.)

—

Entre mis horas
de fantasía
soñé un apuesto
jóven doncel,
y el desengaño
de mi esperanza
en este instante
vengo á tener.

BARON. Al suponerme
esta mi esposa,
ha de aclararse
pronto el error;
y mi secreto
de ser casado,
impune queda
como hasta hoy.

TODOS. Ya que aclarado
todo el misterio
que se envolvia
antes aquí,
gloria y ventura
para los novios
y alegres gocen
dicha sin fin.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Salon en el palacio ducal. El frente dá á una galería que deja ver los jardines al fondo. Puertas laterales en segundo término: la de la izquierda sirve de entrada al salon, y la de la derecha conduce al oratorio. Sobre una mesa en primer término y á la izquierda, escribanía, papeles y un devocionario. Antes de presentarse las figuras en escena, la orquesta ejecutará á telon corrido el preludio.

Escena primera.

La DUQUESA y el CONDE.

DUQUESA. Sí, querido Conde: ya sabes que poderosas razones de Estado te obligan...
(Se sienta la DUQUESA *en el sillon de junto á la mesa y el* CONDE *queda á su izquierda.)*

CONDE. Lo sé, señora.

DUQUESA. Como último descendiente de una familia ilustre que fué desterrada por sus opiniones políticas, te se perdonó á cámbio de consagrarte á Dios á su debido tiempo. Ese dia ha llegado.

CONDE. (Cielos!)

DUQUESA. Así, he venido en nombrarte prior de un monasterio, y esta tarde á las cuatro recibirás la sagrada investidura y harás tus primeros votos.

CONDE. (Ni sé qué decir ni qué resolucion tomar.)

DUQUESA. A las infinitas pruebas de confianza que te he dado, quiero añadir otra con carácter de consulta.

CONDE. En ello me dispensa su alteza un honor inmerecido.

DUQUESA. Soy rica, poderosa, y sin embargo, soy desgraciada.

CONDE. Qué puede turbar el reposo de su alteza?

DUQUESA. Ay, Conde! amo y no soy correspondida.

CONDE. Me consta que el Duque adora entrañablemente á vuestra alteza.

DUQUESA. Sin ir mas lejos, lo ocurrido anoche, se me resiste y

no llego á comprender la conducta del Baron al casarse con una lugareña.

CONDE. Me consta que es hija legítima de nobles.

DUQUESA. Estás seguro?

CONDE. Lo estoy.

DUQUESA. Ignoraba su linaje; pero así y todo, no quiero recibirla en mi córte.

CONDE. Si no temiera ser indiscreto, preguntaria la razon.

DUQUESA. A tí solo te la confiaré. Despues de ese misterioso enlace y venida de la niña á palacio, he advertido ciertas miradas significativas del Duque hácia la jóven...

CONDE. Es posible! Alteza, es preciso evitar cuanto antes...!

DUQUESA. Te has inmutado? Gracias, Conde: tú al menos me comprendes y demuestras el cariño de leal servidor.

CONDE. Señora... (Oh rabia!)

DUQUESA. Cuento con que me ayudarás á evitar...

CONDE. En cuanto de mí dependa.

Escena II.

Dichos: el BARON y JUANILLO.

JUANILLO. Digo que os seguiré á todas partes y que seré vuestra sombra hasta conseguirlo. Cáscaras! Parece imposible que todo un caballero, despues de negar lo que me ofreció, me amenace con que mandará apalearme.

BARON. Calla, estúpido! *(Tapándole la boca.)*

JUANILLO. No quiero, ea, ó cumplidme la palabra.

DUQUESA. Qué es eso, Baron?

BARON. No ves que estás delante de su alteza?

JUANILLO. Ahí me las den todas. Así sabrá quién es vuesarcé.

DUQUESA. Acabemos. Qué quieres?

BARON. Señora, no merece la atencion de ocuparse... (Lárgate.)

JUANILLO. Cuando cobre lo que es mio.

DUQUESA. Acércate, jóven.

BARON. Señora...

DUQUESA. Lo mando.

Escena III.

Los mismos: el DUQUE y un PAJE que le precede.

PAJE. *(Anunciando.)* Su alteza el Duque.

DUQUESA. Ah!

DUQUE. Señora! *(Quedando á la derecha de la* DUQUESA, *que permanece sentada.)*

JUANILLO. Ha dicho la señora Duquesa que me acercara?

DUQUESA. Y lo repito.

DUQUE. *(Bajo á la* DUQUESA.) Qué pide este patan?

DUQUESA. Justicia, y se le debe atender. Habla.

JUANILLO. Es el caso, señora, que no sé el modo de esplicarme.

DUQUESA. Como puedas.

JUANILLO. A mi entender, en este asunto lleva una gran parte el diablo, porque bajo diferentes formas va y viene, desaparece; ya está aquí, ya está allá; baja, sube... y, para mas al decir, cámbia de voz cuando se le antoja. A mi primer encuentro con él, me ofreció y recibí cuatrocientos ducados á cámbio de que le cediera mi novia; pero como su voz tenia un no sé qué de estraordinario, quedó tan grabada en mi oido, que la reconoceré entre cuantas oiga.

CONDE. (No hablaré delante de tí.)

JUANILLO. A poco, en mi misma casa, tuvo un arranque impetuoso, y cogiéndome del brazo, dijo: «Sálvame!» pero con voz distinta y gruesa que tambien reconoceria perfectamente.

DUQUE. (La mia. Enmudezco.)

JUANILLO. Y por último, me ofreció cien ducados para que le prestara un servicio importante, y me los niega. Este es el caso, señora, ya que se me obliga á hablar.

DUQUESA. Veo en todo ello un misterio que debe aclararse. Opinais lo mismo, Duque?

DUQUE. (Gran Dios! yo no abro la boca!) Hum...! hum...! hum...! *(Acaba por toser.)*

DUQUESA. Comprendo que participa su alteza de mis dudas. ¿Y tú, Conde? Qué piensas?

CONDE. (Si hablo va al traste todo.) Hum...! hum...! hum...! *(Acaba tambien tosiendo.)*

DUQUESA. Ya ves, Baron, que resultas ser el culpable.

BARON. Señora, yo...

DUQUESA. A menos que tus razones te vindiquen. ¿No es esto, Duque?

DUQUE. Hum...! (*Repite la tos de antes.*)

DUQUESA. Supongo que tambien serás de mi opinion, Conde?

CONDE. Hum...! (*El mismo juego.*)

DUQUESA. O lo interpreto mal, ó la presencia de este jóven os prohibe esplicaros.

DUQUE. (*Bajo.*) Señora, se trata de un caballero ilustre y servidor fiel, y emitir dictámen ante un rústico, puede ser motivo de escándalo entre la nobleza. (*Siguen hablando.*)

CONDE. (*A* JUANILLO *dándole un bolsillo.*) Toma. Si dices una palabra mas, cuéntate por muerto.

JUANILLO. (Zape! No despegaré los labios.)

DUQUESA. Me parece lo mas acertado. Conde?

BARON. (¿A que me hacen pagar ese dinero y me meten en otro lío?)

DUQUESA. El Duque me aconseja que le hable directamente á ese jóven para promulgar mi fallo á conciencia. (*Siguen hablando.*)

DUQUE. (*A* JUANILLO.) Hé aquí los cien ducados que reclamas; tūyos son; pero cuenta con que te mando ahorcar como pronuncies una palabra.

JUANILLO. (Cuernos!) Perded cuidado: seré mudo.

DUQUESA. Juanillo, acércate y responde. ¿Qué has hecho y visto desde que entraste anoche en tu casa?

JUANILLO. Hum...! hum...! (*Acaba tosiendo.*)

DUQUESA. Tú tambien enmudeces? Sin duda corre en palacio enfermedad contagiosa. Todos están constipados!

BARON. (Habrán hecho centinela en algun balcon.)

UNA DAMA. (*Anunciando.*) Señora, el confesor de su alteza me manda avisaros su llegada.

DUQUE. (Bendito sea.)

CONDE. (Nos salvó.)

DUQUESA. No desisto de mi empeño en aclarar este asunto.

DUQUE. No llama menos mi curiosidad y deseo que se averigüe. Pero ahora pasad al oratorio á fin de que no espere el santo padre.

DUQUESA. Teneis razon. Conde, á tí te recomiendo este hombre: si se obstina en callar, ya sabes lo que debes hacer. (*Entra en el oratorio.*)

DUQUE. (*A* JUANILLO.) No olvides que te espera la horca en cuanto hables.

JUANILLO. (¡Si hablo me ahorcan; si callo me descuartizan...! Quién me mandó venir...!)

CONDE. Sígueme. (*Se vá con* JUANILLO.)

Escena IV.

El DUQUE y el BARON.

DUQUE. Comprendo todo lo ocurrido ayer, Baron.

BARON. Pues es una felicidad: yo no comprendo nada.

DUQUE. Al llevarte la campesina á casa de ese Juanillo, estaba lejos de creerla tu esposa, y te perdono la visita que me proporcionaste avisando á la Duquesa.

BARON. Que yo avisé...!

DUQUE. En casos semejantes la defensa es natural. Confieso que Graziela es linda, pero por respeto á tí, renuncio á dirigirla la mas leve palabra que menoscabe tu dignidad. Si no quedas tranquilo, te diré hácia donde dirijo mis miras. Aunque por pasatiempo, van hácia una dama de sin igual hermosura, llamada doña Estrella.

BARON. (De mi esposa!) Jé, jé! jé! La conozco.

DUQUE. Lo sé, y sé tambien que la visitas á menudo.

BARON. Antiguas relaciones de familia...

DUQUE. Por esa razon te he elegido para confidente.

BARON. Señor, permitidme manifestaros que esa dama es de una virtud tan rígida, tan severa...

DUQUE. No tanto, no tanto.

BARON. (Esto solo me faltaba!)

DUQUE. La he escrito un billete sin firma ni nombre citándola á una entrevista, y...

BARON. Por qué conducto ha de llegar á sus manos?

DUQUE. Por el tuyo.

BARON. (Esto ya es el colmo..!)

DUQUE. A no ser que motivos privados te obliguen á negarte, en cuyo caso me procuraré otro de mis fieles servidores.

BARON. (Otro!) Eso jamás. (Me incautaré del billete y lo haré trizas.) Dádmele, señor.

DUQUE. Toma, y ocúltalo, que la duquesa se dirige hácia aquí.

BARON. Gracias, señor. (Por esta vez quedarás lucido.)

Escena V.

Dichos: la **DUQUESA**, damas y cortesanos.

MÚSICA.

DUQUESA. En presencia de mi corte
vengo el hecho á publicar,
para que no quede impune
una falta criminal.
Hay un noble entre vosotros
que, inspirado por Satán,
profanó con la bigamia
nuestra santa cristiandad.
CORO. Jesus, qué horror!
quién pueda ser
tan vil hereje
ignoro á fé.
DUQUESA. Pronto, muy pronto
no ignorareis
el vil hereje
quién pueda ser.
CORO. Sepamos luego
quién es, quién es.
DUQUESA. El que presente
aquí teneis:
el buen Baron de Loreto,
que tan callado se está.
CORO. El Baron?
DUQUESA. Sí, sí: el Baron.
BARON. Yo aseguro que no hay tal.
PARTES Y CORO. Quién pensara,
quién creyera
que el tal fuera
el Baron!
De hoy su trato
escusemos
y evitemos
la ocasion.
BARON. Quién creyera,
quién pensara
se dudara
del Baron!
Ante todos
declaremos

y vencemos
la opinion.

HABLADO.

DUQUESA. Se puede justificar tu infamia.

BARON. Señora...

DUQUESA. Ni una palabra mas. He reunido la córte para hacer pública la acusacion. Ante mis damas y camaristas, referia al confesor tu casamiento con la aldeana, cuando una de las señoras indicadas, de rodillas ante mí, ha pedido justicia y confesado estar casada en secreto contigo desde hace dos meses. Ya que existen pruebas, el tribunal se encargará del fallo.

BARON. (Si hay mas calamidades, lluevan sobre mí en buen hora.) Estoy dispuesto á sufrir el castigo que pueda imponerme el tribunal, pero será por un crímen que no he cometido.

DUQUESA. Te atreves á negarlo?

BARON. Por los santos evangelios, juro decir verdad ante su alteza y ante todo el mundo.

DUQUESA. Habla, pues.

BARON. Soy el legítimo esposo de doña Estrella Retamar, y ningun lazo ni conocimiento me une á esa campesina.

DUQUESA. Anoche confesaste ser su marido.

DUQUE. Y la conduciste en tu carroza, hasta dejarla en palacio.

BARON. Así fué en la apariencia, pero no en la realidad. Anoche pasé por el esposo de esa niña, como quien dice, sin comerlo ni beberlo, y si ella estuviera presente, vendria en mi ausilio confesándolo todo.

DUQUESA. *(A una de las damas.)* Llamadla, supuesto que está en la habitacion contigua.

BARON. Pronto se convencerá vuestra alteza de que no existe tal vínculo entre nosotros.

Escena VI.

Los mismos, GRAZIELA y á poco el CONDE.

DUQUESA. Ven, hija mia, ven y acláranos lo ocurrido desde la salida de tu casa.

GRAZIELA. Pregúnteme vuestra alteza.

DUQUESA. ¿Es cierto que te fuiste con el Baron en su carroza?

GRAZIELA. Cierto.

BARON. La salida así fué, pero al poco rato de estar en marcha, fué detenido el carruaje por veinte ó treinta bandidos enmascarados.

GRAZIELA. Yo solo ví dos.

BARON. Naturalmente. El miedo produce visiones y por eso no viste mas que dos.

DUQUESA. Continúa.

GRAZIELA. Las primeras palabras de uno de aquellos hombres fueron: «Graziela, el Baron es un impostor, y ha tomado el nombre de marido sin serlo.

BARON. Y mientras tanto, el otro... digo, los otros, avanzaron á mí puñal en mano, pidiéndome la compañera ó mi vida.

DUQUESA. Supongo que, como caballero, tomarias la resolucion...

BARON. De preferir la vida y bajarme de la carroza, porque gracias á Dios, ante el peligro nunca pierdo la serenidad.

DUQUESA. Se comprende.

BARON. Ya en aquel caso, uno de los salteadores fué á ocupar mi puesto y continuó el camino con esta jóven.

DUQUESA. Es cierto?

GRAZIELA. Así es la verdad. Al principio temia encontrarme al lado de aquel desconocido, pero cuando me habló reconocí que era su voz.

DUQUESA. La voz de quién?

GRAZIELA. De mi esposo.

DUQUESA. Luego estás casada con un bandido?

GRAZIELA. No tal. Al llegar el carruaje á palacio, se apeó mi esposo y me dijo: «Preséntate á la Duquesa, no te separes de su lado y así quedo tranquilo. Adios.» Y se fué.

BARON. Con estas aclaraciones, supongo que ya no se dudará de mi dignidad.

DUQUE. Cada vez lo entiendo menos.

GRAZIELA. Dios mio! esa voz...!

DUQUE. (Torpe de mí!...)

DUQUESA. Por qué te ha conmovido esa voz, niña?

GRAZIELA. No sé; pero me parece haberla oido anoche en mi casa.

CONDE. Efectivamente: al presentarse el Duque...

GRAZIELA. Ah!... esa otra voz!...

DUQUESA. Todas las voces producen en tí un efecto estraño!

GRAZIELA. Es que... es tan natural en mi situacion...

DUQUESA. De modo, que estamos como estábamos.

BARON. Con la salvedad de que yo no soy su esposo.

DUQUESA. (El Duque debe tener una parte muy directa en este asunto, y no desisto hasta aclararlo.) Baron, disponte á acompañarme á casa de Graziela.

BARON. (Salir y dejarme mi mujer aquí? eso sí que no.)

DUQUESA. Seguidme, señores. Tú, niña, espera en este salon hasta que te llame para venir tambien.

GRAZIELA. Estoy á las órdenes de vuestra alteza. *(Se van todos menos los de la escena que sigue.)*

Escena VII.

GRAZIELA y el CONDE.

CONDE. Mucho cuidado, niña, con lo que hablas.

GRAZIELA. Ah! si diese crédito...

CONDE. A qué?

GRAZIELA. Pero no, no es posible.

CONDE. Habla sin temor.

GRAZIELA. Es que... no me atrevo.

CONDE. Acaso es alguna revelacion importante?

GRAZIELA. Y tan importante para mí. Solo son dos palabras para desvanecer mi inquietud.

CONDE. Las escucho.

GRAZIELA. «*Amor eterno.*»

CONDE. Já, já, já! Es una declaracion?

GRAZIELA. (Si no es él, qué vergüenza!)

Escena VIII.

Los mismos, el BARON.

CONDE. Baron, á dónde vais tan de prisa?

BARON. A recojer el devocionario de su alteza y deciros que el Duque os aguarda allá dentro.

CONDE. Voy. Hasta luego, hermosa niña.

BARON. (Sublime idea! El billete que dirije el Duque á mi mujer lo coloco entre las hojas de este devocionario, y en cuanto la Duquesa lo abra... *(Se va siguiendo al* CONDE.*)*

Escena IX.

GRAZIELA sola.

MÚSICA.

Pobre alma dolorida,
sufre resignada el llanto
con el peso del quebranto
en que acibara mi vida.
Si mis ojos no se secan
por el lloro de amargura,
aumentan mi desventura
si acaso de llorar cesan.

—

Enamorada,
pobre de mí!
mi corazon
á un hombre dí.
Por misterioso
hasta en querer,
loca pasion
vine á tener.

—

Tú, mi amor desconocido,
que procuras esconderte,
cesa ya, que quiero verte
entre mis brazos rendido.
De mi vida eres sosten;
ven, calma mi pena ya;
ven, que aguardándote está
tu Graziela: ven, ven, ven.

Escena X.

GRAZIELA y JUANILLO.

HABLADO.

JUANILLO. Qué ven mis ojos! Graziela, tú por acá?

GRAZIELA. A mí tambien me estraña verte en este sitio... ¿A qué has venido?

JUANILLO. A cobrar una cuentecita que tenia pendiente con tu esposo.

GRAZIELA. Con mi esposo?

JUANILLO. Sí. Lo estraño es que me la han pagado otros por él, doblándome la cantidad. Deben ser sin duda sus procuradores. Ya que de tu marido hablamos, te habrás convencido de que no me equivoqué al decirte que seria feo.

GRAZIELA. Estoy resignada y le acepto tal como es.

JUANILLO. Ay, Graziela, y qué reguapa estás ahora! Conmigo no hubieras sido tan rica, pero en cámbio me parece que nos habríamos entendido mejor. ¡Eh, palomita! Digo algo?

GRAZIELA. Bien, bien: ya que tienes el dinero, puedes volverte á casa.

JUANILLO. Volverme á casa? Por ahora vivo en palacio. Me he hecho amigo de todos los señorones de allá dentro, y hemos tenido una broma hasta allá. En cuanto les contaba algo, se desternillaban de risa.

GRAZIELA. Por tus sandeces.

JUANILLO. No lo serian cuando me han convidado á almorzar. Y cómo me he hartado, chica! Les he hecho una apuesta y nadie ha podido seguirme á beber vino.

GRAZIELA. (Qué vergüenza!)

JUANILLO. Tambien les he dicho que si no llevo el traje tan engalanado como ellos, puede que no tarde en tener uno igual al suyo.

GRAZIELA. Juanillo...

JUANILLO. Y lo que es más: al mozo que me llenaba las copas, que es muy campechanote, le he enseñado el dinero que tenia y me ha puesto en la cabeza que me haga un palacio como éste, y por eso recorro las habitaciones, para ver si me acomoda. Conque me voy por este lado á continuar... *(Entra por la puerta derecha.)*

GRAZIELA. (Bendito de Dios vayas.)

Escena XI.

GRAZIELA, el DUQUE y el CONDE.

DUQUE. Convengamos en que el marido de Graziela se encuentra en palacio y que guarda el incógnito.

CONDE. Circunstancias especiales puede que le obliguen...

DUQUE. Pero no hasta el estremo de abandonar así á la niña: es necesario consolarla.

CONDE. Perdonad, señor; pero acabo de recibir órden de la Duquesa para que no me separe de este salon.

DUQUE. De todo punto me es indiferente. Puedes cumplir las órdenes.

CONDE. (Qué tormento!)

GRAZIELA. (Qué hablarán?)

DUQUE. Hermosa niña?

GRAZIELA. Señor?

DUQUE. Desde que has confesado la forma de tu casamiento, me he persuadido de que tu esposo no debe amarte, cuando renuncia de este modo á tus encantos y se aleja de tí.

GRAZIELA. Sus motivos tendrá.

CONDE. (Digna respuesta.)

UN PAJE. *(Saliendo.)* Señor, si vuestra alteza me dá permiso para hablarle...

DUQUE. Es posible!... Despacha al punto... Qué quieres?

PAJE. La Duquesa acaba de encontrar en su devocionario un escrito y...

DUQUE. Basta. (El traidor del Baron se ha vengado y le prometo la recompensa.) Perdona, niña, que me ausente por algunos instantes. Conde, te recomiendo tan digna compañía hasta mi vuelta.

Escena XII.

GRAZIELA y el CONDE.

CONDE. Graziela, bien de mi vida, demos fin á tan penosa situacion. Yo soy el dichoso mortal que tanto ansías conocer, y que me identifican, por si dudas, las palabras «*Amor eterno*».

GRAZIELA. Sin ellas tambien os reconozco, por ver en vos el retrato que tenia grabado aquí.

CONDE. Qué feliz me haces!

GRAZIELA. Este momento, por mí tan ansiado, hace que olvide todo lo sufrido y me entregue al risueño porvenir que la Providencia me depara, uniéndome á vos para no separarnos jamás.

CONDE. Qué has dicho? Tu arrebato de ternura vuelve á mi memoria lo que habia olvidado por un momento.

GRAZIELA. Qué es ello?

CONDE. Ya que es preciso, te lo comunicaré. Hoy, y por mandato superior, he de consagrarme al altar.

GRAZIELA. Qué decís!

CONDE. Compromisos contraidos desde antes de conocerte me obligan á cumplir este voto religioso; pero como sin tí la vida me es insoportable, se lo confesaré todo á la Duquesa y que disponga de mí como le plazca, pero que no me separe de entre tus brazos.

GRAZIELA. El uno para el otro, ó la muerte para los dos.

CONDE. Qué feliz me hacen tus palabras!

GRAZIELA. Como á mí las vuestras.

CONDE. Ya que me asiste un derecho sobre tí, permite que por primera vez selle mi labio en tu blanca mano.

GRAZIELA. Tomad. *(Le larga la mano, que él besa.)*

Escena XIII.

Dichos y el DUQUE.

DUQUE. Perfectamente, Conde! Si así defiendes la causa de un buen amigo...

CONDE. Permítame vuestra alteza vindicar la accion. Tengo la honra de despejar el incógnito, participándoos que soy el legítimo esposo de Graziela.

GRAZIELA. Así es la verdad, señor.

CONDE. Hace un instante se ha dignado vuestra alteza darme el nombre de amigo.

DUQUE. Y lo repito.

CONDE. A la amistad recurren estos humildes servidores, por si hay medio de intercesion que les libre de una grave falta.

DUQUE. Cuál?

CONDE. La de haber verificado nuestro enlace sin autorizacion de la Duquesa. Al propio tiempo os hago entrega de este anillo, que fué depositado en mi mano anoche en recompensa de un insignificante favor.

DUQUE. El mio! ¿Luego eres tú quien me sacó de casa Graziela?

CONDE. Cumplí con mi deber.

DUQUE. Contad con mi apoyo.

Escena XIV.

Los mismos: la DUQUESA y dos PAJES que quedan á la puerta.

DUQUE. Señora, llegais en el momento oportuno, porque me dirigia á la estancia de vuestra alteza.
DUQUESA. Con qué objeto?
DUQUE. Con el de pediros proteccion para estos pobres esposos.
DUQUESA. Esposos...! ¿Luego tú eres el marido que todos deseábamos conocer?
CONDE. Y el que ruega á vuestra alteza...
DUQUESA. Silencio.
GRAZIELA. (Qué será de nosotros!)
DUQUESA. La ceremonia para pronunciar tus votos, está preparada y no es fácil...
DUQUE. Señora, al ser un hecho consumado, cómo vamos á...
DUQUESA. Antes de interceder, tomad en cuentá esta cita. *(Enseñándole la carta del devocionario.)*
DUQUE. Precisamente era con la idea de manifestaros esto mismo.
DUQUESA. *(A un paje.)* Avisa á la córte para que se presente al instante. *(Se sienta y escribe.)*

Escena última.

El BARON, cortesanos y JUANILLO.

GRAZIELA. *(Al* CONDE.) Qué intentará la Duquesa?
CONDE. Sospecho que nada bueno hácia nosotros.
GRAZIELA. Que Dios nos proteja y la inspire.
CONDE. Confiemos en él, ya que nuestro cariño parte de tan cristiano fin.
DUQUESA. *(Terminando de escribir.)* Firmad vos, Duque.
CONDE. *(A* GRAZIELA.) Si será la firma de nuestra sentencia.
DUQUE. Tomad señora. *(La entrega el papel firmado.)*
DUQUESA. *(Disponiéndose á leer, se dirige hácia toda la corte.)* Escuchad: *(Leyendo.)* «El Conde de la Umbría debió consagrarse hoy á la Iglesia, y Nos, los Duques, le dispensamos de sus votos, habiendo resuelto que entregue su mano á la simpática jóven y hermosa Graziela.»

COND. y GRAZ. Ah, señora...!
JUANILLO. (Por fin ha logrado un marido que vale mas que yo.)

MÚSICA.

GRAZIELA. *(Al público.)* Soy feliz, pues encontré
la ventura que soñé.
Tras ruda contrariedad,
me anego en felicidad.
TODOS. Tras ruda contrariedad,
se anega en felicidad.

FIN.

FÉ DE ERRATAS.

Página.	Línea.	Dice.	Léase.
46	15	á tu novia	á tu esposa
46	24	esta es la novia	esta es mi esposa

PUNTOS DE VENTA.

Administracion LÍRICO-DRAMÁTICA de D. Eduardo Hidalgo, y sus comisionados en provincias.

Precio: DOS PESETAS.